

zaine; El General Díaz: «Estoy á la disposición de usted.» Bazaine: «Cediendo antes, tal vez se hubiera usted puesto bien con el Gobierno, y librándose del cargo de alta traición contra su Soberano.» El General Díaz: «¡Nunca he tenido Soberano! y seré siempre enemigo de los enemigos de mi Patria.» El General Díaz fué llevado preso á Puebla. ¹ Era hijo de Hidalgo.

Ilustres europeos y norte-americanos: nosotros somos inferiores con mucho á vosotros en civilización; sin embargo, somos hijos de buenos padres y tenemos orgullo en ser mexicanos.

Y hoy la Francia nos devuelve las llaves de la ciudad de México como una protesta contra la Intervención ejecutada por Napoleón III. Porque en 1862, Francia era siempre la hija gloriosa del 89, que profesaba el principio de los derechos del hombre, de los derechos de las naciones, y por medio de sus ilustres y verdaderos representantes en la Cámara Legislativa, los Thiers, los Fabre, los Guérault y los Berryer, reprobó la Intervención: ² y Napoleón no era el intérprete de las ideas y sentimientos de Francia, sino un quijote, amante de aventuras extravagantes y, por lo mismo, desgraciadas y perjudiciales á Francia. El día 18 del pasado mes, en medio de las mayores fiestas que ha presenciado México en seis siglos, esta gloriosa Francia, por medio de su Representante, un ilustre descendiente de Luis XV, ha entregado las llaves de la ciudad de México al antiguo prisionero de Bazaine, hoy Presidente de la República Mexicana.

En fin, Hidalgo murió en un glorioso cadalso. Con grande espíritu vió su último día, conforme á este pensamiento de la Biblia: *magno spiritu vidit ultima*. ³ Murió con la sonrisa del filósofo, comiendo dulces y repartiéndolos á los soldados que lo iban á fusilar. Corrió su sangre, porque era necesario que fuera sellada con la sangre de Hidalgo la gran verdad, el grande adelanto de la civilización con la Independencia de México. Porque dice Lamartine: «Toda verdad ha sido sellada con la sangre de un héroe ó de un Dios.»

He dicho.

NÚMERO 126.

Poesía recitada por el señor Licenciado don Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la apoteosis de los héroes de la Independencia, el 6 de octubre de 1910.

Suba al éter la oda, del sol vuela en los rastros y cual polvo de oro descienda de los astros bañando en luz sidérea este sagrado altar; y júntese con ella, así á la estrofa el coro, y al átomo de fuego el átomo sonoro, la vibración inmensa del alma popular.

Este altar es la cima más alta en nuestra Historia: su bronce está forjado de sacrificio y gloria y guarda las cenizas del Padre fundador. Subió á esa cima un pueblo buscando la existencia, de allí bajó la Patria feliz, con la conciencia de su misión divina de paz y de labor.

¹ H. H. Bancroft, «Vida de Porfirio Díaz,» cap. 17, y tomo V de «México á través de los siglos,» libro II, cap. 18.

² «México á través de los siglos,» tomo V, libro II, cap. 14.

³ «Libro del Eclesiástico,» cap. XLVIII, verso 27.

La gigantesca ola de emoción y fulgores de sol, y luz terrestre, y música y colores, en que sintiera el pueblo su corazón latir, llega aquí en un solemne rumor de jubileo, y calla religiosa, y deja por trofeo una rama de oro: la fe en el porvenir.

La razón de este culto inscripta está en el templo que á la pura y austera religión del ejemplo del alma en lo más íntimo nuestro deber alzó; está en el sentimiento de gratitud inmensa á quienes del martirio por sola recompensa pidieron una Patria: el cielo se las dió.

Como Athena, la Patria nació armada y entera de un sueño de esos hombres de audacia y de quimera que en sí mismos sentían brotar su creación; detrás eran tres siglos de mudas sumisiones, delante un muro férreo de iglesias y bastiones: allí nada era Patria y nada era Nación.

Del alma de esos hombres nació la Patria toda: dígalo en coro el pueblo y exáltelo la oda y en cada pecho siéntase esta verdad arder; que en cada aurora esplenda y en cada noche vibre: gracias á un grito heroico esta Nación es libre, y al corazón, caliente de amor, de una mujer.

Sí, la Patria que ahora es nuestro santo orgullo en esos corazones calor halló y capullo y sangre, la del cáliz de su inmortal pasión; dígalo al sol el cóndor y grítelo en los Andes: nuestra Patria es el alma de nuestros héroes grandes, que todos recibimos en santa comunión.

Por eso canta al ritmo de aleluyas triunfales y el culto de sus puros, eternos ideales proclama el pueblo unánime en torno de este altar; esos himnos parece que en sus notas contienen un gran rumor de bronce de águilas que vienen y el temblor infinito del cielo sobre el mar.

¡Oh! Padres que en nosotros vivís, ¡oh! Padres nuestros! en triunfar de la suerte y del dolor maestros, y en cuanto eleva á un pueblo de su ideal en pos; una vez algo eterno pasó por vuestras frentes, os sentísteis gigantes, fuísteis «los insurgentes» Ese fué el primer día de la Patria y de Dios.

Pero pide la idea en plena acción sembrada un gran riego de sangre; la vuestra fué donada sin tasa al sacrificio: era una redención. Y por eso escogísteis desde la primera hora un lábaro invencible: la Virgen redentora que dió al indio por egida su propio corazón.

Hoy la paz y el trabajo de vida nos circundan, las escuelas el alma del porvenir fecundan y arraiga en vuestro polvo un inmortal laurel; y, galardón supremo de vuestra augusta hazaña, á loar vuestra empresa surge la Madre España; con su león luchásteis y el vencido fué él.

Pero sois hijos suyos, suya es vuestra memoria, sois retoños segados del árbol de su Historia,

cuya simiente un mundo engendró en libertad; sois sus hijos, lo dice el empeño invencible de inyectar vuestra sangre en un sueño imposible, y como el Cid, ya muertos, tornarlo realidad.

Aquí la Patria oficia como madre y pontífice; no la cubre de oro y gemas el orfice, mas de esmeraldas, perlas y rubíes la luz. Y elevan á los cielos sus manos soberanas, perfumadas de incienso de flores mexicanas, la de los cristos nuestros, ensangrentada cruz.

Es prenda de justicia y amor, no de venganza; hoy es fe en lo futuro lo que ayer fué esperanza, hoy el Calvario esplende convertido en Tabor; y el gran hijo de México, al consagrar la ofrenda, tendrá la visión clara de la triunfante senda por donde marcha un pueblo de paz y de labor.

De palmas la República vuestros altares llena ¡oh! manes, y os tributa la adoración serena en que se siente el fuego de un culto eterno arder; mientras en torno brillan, en eléctrico lloro sobre las flores patrias, las lágrimas de oro que de su excelso cáliz la ciencia hizo caer.

Dejad que mi cansada generación, que siente llegar otra en tumulto, la mire aquí de frente, y entre sus manos ponga, con suprema emoción, la antorcha que guardamos intacta y encendida; si con ella pudimos iluminar la vida es que su luz fué vuestra, fué vuestra religión.

Más que antes nos una un solo juramento: juremos que la Patria, siempre, en todo momento, sobre cuanto nos pueda sin piedad dividir, estará en nuestras almas excelsa, pura y viva Coronemos ahora la urna con oliva, y emprendamos sin miedo la marcha al porvenir.

Que el sol del Centenario ilumine el camino de la falange heroica que vencerá al destino fecundando la tierra y domeñando al mar. ¡Voz del apoteosis, que brotas de la historia, lleva hasta nuestros padres, como un canto de gloria, la vibración inmensa del alma popular!

NÚMERO 127.

Discurso pronunciado por la señora Profesora doña Carmen Krautze de Alvarez de la Rosa en el acto de la inauguración del edificio de la Escuela «La Corregidora de Querétaro,» el 7 de septiembre de 1910.

Estoy aquí por un indeclinable deber; de otro modo, no ocuparía esta tribuna, porque conozco que mis dotes oratorias son nulas. Haced, pues, un llamado á vuestra benevolencia y aplicadla toda entera á disculpar lo desaliñado de mis frases.

Hace ocho años que un profeta, un vidente, trazaba con mano magistral un vasto plan de reorganización en nuestro estado de enseñanza. Con la seguridad que da esa especie de alucinación á los

predestinados, emprendió la marcha y la continuó sin desmayar un solo día, no obstante que la realización de esos ideales parecía alejarse y no llegar jamás. Uno á uno fueron tornándose en realidades los que antes fueron sólo ideales.

Producto de esa concepción son dos escuelas hermanas: la mayor, la «Miguel Lerdo de Tejada,» cuyos frutos en sazón gustamos ya, y ésta, acabada de nacer, cuya inauguración celebramos hoy, en días de remembranza para la Patria.

Lleva por nombre un nombre glorioso, un nombre bendito, «La Corregidora,» en memoria de aquella matrona ilustre en cuyo regazo germinó la idea sagrada de libertad; aceptando con abnegación los más grandes sacrificios que imponerse puede una mujer que es esposa y madre, con la sola esperanza de obtener, en cambio de tamaños sacrificios, la redención de un pueblo que era el suyo y devolverle los derechos imprescriptibles de las generaciones humanas.

Noble Señora, Egida santa, á tu amparo ponemos hoy esta Escuela, que también es obra santa, porque está llamada á redimir, á libertar á la mujer, á la obrera y á la madre, de la esclavitud á que está sometida por la ignorancia de sus derechos, por la ignorancia de sus deberes. Esta obra de redención es, pues, el objeto principal de nuestra Escuela; para ello hay que dirigir á nuestras niñas hacia los estudios que estén en consonancia con su vocación, iniciándolas en los diversos oficios, principalmente en aquellos que pueden ejercer en el seno del hogar; mas como una hábil mano no hace por sí un artesano, sino que el valor del trabajo aumenta con el nivel intelectual del mismo, la educación general formará parte integrante de los cursos industriales. Y esto no basta todavía, porque cualquiera que sea la condición social de la mujer, cualquiera que sea su destino futuro, debe tener conciencia de la alta misión que tiene que llenar en el seno de la familia.

Así, pues, los fines que persigue la Escuela son:

A—Continuar la educación general.

B—Dar las nociones técnicas que pongan á las alumnas en condición de elegir de un modo consciente el género de trabajo para el que tienen más aptitud.

C—Iniciarlas en los conocimientos domésticos teórico-prácticos indispensables á toda mujer, y

D—Sobre todo y ante todo, contribuir á formar el carácter y el sentimiento moral, lo que equivale á poner en sus manos los mejores elementos para la lucha por la vida.

Al principio hubo el temor de que la importancia de la Escuela no fuera suficientemente apreciada por el público; pero no fué así, porque la inscripción asciende en estos momentos á 500 alumnas, de las cuales, 245 concurren al departamento elemental y 255 á los cursos superiores é industriales; y esto es más notable, si echamos una mirada retrospectiva y comparamos este resultado con lo que se observaba unos 10 años hace, en que sólo un reducidísimo número de familias de la clase media inscribía á sus hijos en los cursos superiores ó sea de instrucción complementaria. La inscripción al 2.º año de los referidos cursos, no llegaba por lo general á 20 alumnas, en tanto que hoy todo el mundo que está en condiciones reclama su puesto para esa instrucción. Esto habla elocuentemente en favor de nuestro progreso efectivo, porque, como ha dicho el publicista francés Jules Simón, el adelanto de una nación se mide por la importancia de sus escuelas y por los sabios que en ese medio se forman.

Para atender las diversas secciones hay un personal de 38 indi-

viduos, de los cuales, 15 son ayudantes, 16 son profesores especiales y 6 encargados del servicio administrativo.

El presupuesto para cubrir los gastos diversos en lo que se refiere á honorarios del personal directivo y docente, en el presente año, es de \$35,352.22 y el importe del mobiliario asciende hasta hoy á \$22,831.76. El valor del edificio es \$376,987.52.

El Gobierno no ha omitido, pues, medio alguno para dotar convenientemente á esta institución, tanto en lo que se refiere al personal docente, como á la dotación de muebles y demás útiles escolares.

Años atrás, y siempre teniendo como objetivo la organización de la enseñanza industrial en nuestra Patria, tuve la honra de formar parte de la comisión encargada de estudiar en las escuelas americanas y europeas la organización y funcionamiento de las escuelas técnicas similares, donde se imparte una instrucción industrial; entonces, en uso del indiscutible derecho de aprovechar la experiencia de los siglos, que es nuestra más rica herencia, la herencia de la humanidad, procuramos atesorar cuantas observaciones nos fué posible hacer y acomodarlas en seguida á las especiales aptitudes de nuestras niñas, á las probabilidades de aprovechar sus mejores dones, considerando que la aplicación de nuestras fuerzas á un propósito noble es lo mejor que podemos hacer para la posteridad.

Nuestra misión de viaje fué, pues, espigar, recoger los mejores frutos que, aunque exóticos, traen buenas semillas, de las que podemos obtener verdaderas variedades, producto de nuestro suelo y, por lo tanto, apropiadas á nuestro medio.

Alegremonos, pues, porque nos ha cabido la suerte de nacer en una época de paz y de prosperidad. Nuestros héroes, los Padres de la Patria, compraron con su vida la Independencia y la Libertad, bases firmes del progreso y bienestar de que hoy disfrutamos.

Alegroas vosotras, niñas queridas, porque encontraréis en vuestra vida una sociedad más justa y más feliz que aquella en que nosotros os dejamos; y esto es tan cierto como que el progreso existe y como que sois vosotras, somos nosotras las que transitamos hoy por el camino bendito de redención que nuestros padres compraron al precio de su sangre.

«Se cumple en el mundo diariamente, en las formas infinitas del trabajo, un esfuerzo de voluntad tan vasto y fecundo; un esfuerzo de paciencia y de genio se agita en tan afanoso é infatigable deseo del bien; hay tantas virtudes, tantas almas generosas, tantas vidas nobles y buenas que honran la raza humana, que estoy segura que, al encontrarlas, disfrutaréis de aquellas horas divinas que hacen bendecir la existencia y pedir perdón á la humanidad por haberla calumniado y rechazado en tantas ocasiones.»

Sí, el mundo está lleno de iniquidades y de odios; pero hay también en él un gran cúmulo de miserias y de dolores no merecidos y, sin embargo, sufridos con invicto valor.

Si alguna vez se alza entre vosotras un grito de dolor y desprecio, que éste sea contra las iniquidades de la suerte, mas no contra las injusticias de la sociedad y el egoísmo de los hombres.

Seguid, seguid vuestro camino hasta el fin, que llevaréis el mejor bagaje: la cultura; la mejor arma: el hábito del trabajo; la mejor herencia: un carácter firme y enérgico, unido á una altiva conciencia de vuestra dignidad, porque, como ha dicho un gran autor: «Sembrad un acto y tendréis una costumbre, sembrad una costumbre y tendréis un carácter, sembrad un carácter y tendréis el porvenir entero de individuo.»

¡Bendito aquel que consagre su vida al trabajo para llevar á cabo grandes y nobles fines!

Y, sin embargo... no es en los más nobles planes de la vida, sino en las más humildes faenas, donde es más útil el trabajo; reflexionad en esto concienzudamente y entonces tendréis paciencia y perseverancia; que la perseverancia es la energía habitual, y aplicada al trabajo juicioso, se convierte en el genio. Y si la perseverancia es genio, el trabajo es fuente de riqueza y de bienestar; y si la esperanza de recompensa le alienta, entonces es un placer.

Ciertamente que, cuando el trabajo se exagera, se convierte en una carga pesada que acaba con la salud y, lo que es peor aún, con la benevolencia y bondad de ánimo. Es, pues, un asunto capital saber variar las ocupaciones; y, por otra parte, es asombroso cuánto puede aprovecharse empleando los ratos perdidos en las horas de ocio. Aprended, pues, á dar valor al tiempo para distribuirlo bien.

Voy á concluir recordándoos, porque las hemos hecho nuestras, las ideas levantadas, las palabras santas y buenas pronunciadas por el señor Ministro de Instrucción Pública en otra reciente reunión escolar; ellas os servirán de compañeras, de viático en el rudo camino de la vida: «Guardad como un precioso tesoro la amistad de vuestras compañeras; no os separéis nunca; manteneos perpetuamente unidas, agrupadas, en torno de la Patria, y no olvidéis que ella es la que os ha abierto las puertas de esta Escuela, la que ha encendido este hogar y que, al calor santo de su amor, habéis podido adquirir los útiles del trabajo con que vais á triunfar en la vida; no olvidéis esto y cada día levantad vuestras preces, vuestras oraciones por la felicidad de la madre inmortal: de nuestra Patria.»

Este consejo, esta recomendación está en el fondo de nuestro corazón, y, por tanto, vuestro orgullo, nuestro orgullo es llamarnos mexicanas. Seamos mexicanas y consagremos, en estas fechas gloriosas de nuestra vida nacional, un recuerdo que, nacido en el fondo del alma, se convierta, al exteriorizarse, en incienso, en flores y en cantos de amor para aquellos que murieron por darnos el derecho de llamarnos mexicanas, esta felicidad de que disfrutamos, esta paz en que nos reunimos, esta unión á que aspiramos. Bendigamos con el alma de rodillas á los santos Padres de la Patria. ¡Benditos sean! y sean también bendecidos los que hoy ofician en el mismo altar del patriotismo y comulgan con las mismas ideas de libertad á nuestro pueblo, de redimirle por la instrucción.

NÚMERO 128.

Informe leído por el señor Teniente Coronel é Ingeniero don Porfirio Diaz (hijo), en el acto de la inauguración del edificio de la Escuela Normal para Maestros, el 12 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Excelentísimos señores:

Señoras y señores:

Cábeme la honra de dirigiros la palabra con motivo de la inauguración de esta Escuela Normal para Maestros, por haber sido yo el Ingeniero que proyectó y construyó, mediante un contrato, estos edificios.

Con el objeto de hacer menos cansado para vosotros este informe,

en que necesariamente tengo que tratar cuestiones técnicas, dispuse la publicación del folleto que os ha sido repartido y en el cual encontraréis todos los datos necesarios para estudiar cómo fué llevada á cabo la obra hasta su terminación. La construcción se levanta sobre un cuadrado de 150 metros por 150 metros ó sea sobre una superficie de 22,500 metros cuadrados.

El primer problema que se me presentó, fué el de la cimentación, problema de suyo difícil en el Valle de México, pero muy especialmente en el lugar en que nos encontramos. Para resolverlo, proyecté y llevé á cabo una consolidación del terreno; para daros una idea de ella, paso, aunque sea á la ligera, á dar algunos números que demostrarán de manera palpable su importancia. Dicha consolidación se llevó á cabo abriendo en el terreno cepas, en las cuales sólo se excavaba la capa de tierra vegetal; hecho esto, se ponía piedra quebrada, que era introducida á golpe de martinete en el terreno. Los martinetes que se emplearon, en número de veinte, tenían una maza cuyo peso era de 800 kilos, la que caía de una altura de siete metros, teniendo una sección de 1,600 centímetros cuadrados.

Los martinetes se distribuyeron convenientemente á lo largo de las cepas abiertas para la cimentación.

Los golpes para consolidar el terreno se daban sobre éste en forma de tresbolillo; á cada nuevo golpe se agregaba una cantidad de piedra, la que era introducida en el terreno por el siguiente, continuándose esta operación hasta que se obtenía un límite, el que se fijaba por el hecho de que, al dar dos golpes sucesivos sin agregar nueva cantidad de piedra, el hundimiento obtenido era tan sólo de un centímetro. Una vez terminados en esta forma los golpes de tresbolillo, se rellenaban en la misma forma los huecos dejados en la primera operación.

Podrá daros una idea general de la labor empleada, el que el número total de golpes fué de 1.366,341, lo que da un promedio de 790 golpes por metro cuadrado y un total de 1,729.5 metros cuadrados de superficie consolidada. El trabajo desarrollado en cada golpe fué de 5,600 kilogrametros, ó sea 4.424,000 kilogrametros por metro cuadrado; dando un total de trabajo desarrollado en la consolidación de 7,651.308,000 kilogrametros.

La consolidación se comenzó el 12 de mayo de 1908 y se terminó el 1.º de mayo de 1909. Sobre esta consolidación se construyó una plataforma de cemento armado, que tenía por objeto reparar uniformemente la presión sobre el terreno consolidado.

En la parte de mamposterías, cuyo desplante se comenzó el 19 de abril de 1909, se tuvo cuidado, además de la selección apropiada del material, de ligar todos los edificios por soleras de fierro en los diversos pisos, apoyando sobre estas soleras las viguetas que reciben los techos.

La primera piedra del edificio se colocó el día 20 de junio de 1909, y la obra fué debidamente entregada á la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, con igual fecha de 1910.

Como números interesantes, puedo citar 7,236 metros cúbicos de piedra empleados en la consolidación; 320 decímetros en rodapiés, y 7,645 metros cúbicos, 300 decímetros en los muros.

Como se ve, en la cimentación se empleó un número de metros cúbicos de mampostería casi igual al que se empleó para la construcción de los muros. Este trabajo, como se ve, es difícil de apreciarse, tanto respecto á las dificultades que su ejecución demandó, como respecto á su costo. Era necesario poner el mayor empeño y cuida-

do al llevarlo á cabo, pues demandaba una labor muy escrupulosa y una atención constante á los operarios, por el delicado trabajo que tenían que ejecutar al manejar la maquinaria empleada.

El número de metros cuadrados de piso fué de 2,740, de mosaico; 1,816, de loceta de cemento, y 7,842.49, de piso de cemento.

En pisos de madera se tejieron 3,900 metros cuadrados de duela, y 368 de *parquet*.

Las cubiertas de teja de fibrocemento en los distintos edificios, dan un total de 6,023.88 metros cuadrados.

En la carpintería se hicieron los cancelos, 106 puertas exteriores, 28 de comunicación, 280 ventanas, 110 ventanas de guillotina, 52 puertas de sótanos y 276 ventilas.

La plomería sanitaria es de lo mejor y más completo que puede desearse.

La instalación eléctrica se hizo por canalización oculta y empleando los más modernos elementos, sumando en total 1,000 lámparas con un poder lumínico de 30,000 bujías.

Siguiendo la tarea que voluntariamente me he impuesto, dediqué todas las economías obtenidas, que sumaban no despreciable cantidad, á dotar á la Escuela de un sótano que puede servir para cómodas bodegas, salones de boliche y algunos otros juegos útiles.

No era mi obligación llevar á cabo estas mejoras; pero, como en otra ocasión he dicho, creo que es un deber sagrado dedicar esas economías al mejoramiento de las construcciones, toda vez que el dinero que en ellas se emplea es el de la Nación.

Podréis ver por mi contrato las garantías que por él tiene el Supremo Gobierno. Muy de desearse sería que se siguiera un sistema semejante en los contratos de obras, pues ello daría para el Supremo Gobierno mayores seguridades.

Señores:

El objeto á que el edificio que hoy se inaugura se destina, es grandioso: en efecto, la educación de las masas es lo que da á los pueblos la mayor fuerza moral; ella es la que hace que podamos presenciar en los actuales momentos el grandioso espectáculo de fraternidad internacional de que ahora disfrutamos.

Los jóvenes que se educarán en este plantel van á ejercer en el futuro el más grande y santo de los sacrificios; la Patria los encarga de la elevación y consiguiente educación del enorme contingente de nuestra raza indígena; cuando la misión de esos educadores, hoy educandos, comience á producir sus frutos, sentirán ellos las bendiciones de Cuauhtémoc, de la piadosa Isabel, del inolvidable Luis de Velasco, del Padre Las Casas — Padre de los indios — y las muy grandiosas del venerable Padre de nuestra Independencia.

Las obras dedicadas á educar á un pueblo son de las más dignas de figurar en la solemnización del Centenario de una nacionalidad. El empeño y el esfuerzo empleados para llevarlas á cabo, no son sino el resultado natural del cumplimiento de un sagrado deber que la Nación cumple por medio de su Gobierno.

Por mi parte, he tratado, en cuanto me ha sido posible, de cumplir con los compromisos contraídos en mi contrato.

Con los elementos puestos á vuestra disposición en el cuaderno que se os ha repartido, podéis juzgar si mi débil pero sincero esfuerzo, ha sido fructuoso; si vuestra ilustrada opinión me fuere en algo favorable, ella será la mejor y más preciada recompensa á mis afanes.

NÚMERO 129.

Discurso pronunciado por el señor Profesor don Leopoldo Kiel, Director de la Escuela Normal para Maestros, en el acto de la inauguración del edificio de aquélla, el 12 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señor Ministro de Instrucción Pública:

Señoras y señores:

Esclavos envilecidos y abyectos hicieron oficios de pedagogo en la Hélade inmortal, madre de la civilización moderna. En los pueblos actuales, celosos de su porvenir —según nuestro gran Presidente—, es el primer ciudadano en toda democracia; es el redentor glorificado por la Argentina en un bronce de Benlliure; el apóstol á quien el Japón ha enaltecido haciendo maestro de escuela á un héroe victorioso, patentizando así —como se ha dicho— que la obra del educador es más grande que la obra del más glorioso guerrero.

No podía ser de otro modo desde que, con los nuevos ideales que persigue la educación, se ha comprendido que el alma de la Patria pasa á las nuevas generaciones á través del alma del maestro y es éste un factor necesario en la obra santa de la magnificación nacional.

La escuela deprimente de espíritus y mutiladora de funciones cuyo objeto era instruir, ha cedido el puesto á la escuela cuyo fin es educar para la vida, llevando á su mayor potencia, en el discípulo, la fuerza física, intelectual y moral; ennobleciendo y depurando la naturaleza humana; dando un saber de vital interés, ante todo, para el medio en que el hombre ha de aprovechar sus energías, y, en suma, dirigiendo de tal modo la inteligencia, el sentimiento y la volición, que cada individuo sea un factor consciente y apto del progreso y de los ideales y destinos de la Patria.

Por condiciones y fenómenos peculiares de desarrollo y de existencia, cada país tiene puntos de mira, necesidades y anhelos propios que satisfacer, y, consecuente con el fin capital de la educación, que es el de preparar para la vida, la colectividad que ha de realizar los anhelos nacionales debe ser encaminada hacia tal objeto en la escuela y salir de ésta con pertrechos y bríos para la magna tarea.

Esta altísima misión, grandiosa y noble por sí misma, la enaltece aún más el espíritu de sacrificio del maestro, ya por la dificultad abrumadora propia de la labor, como porque cultivar espíritus no es destino al que brinde cornucopias ni tentadores halagos la fortuna.

Todo esto, clara y hondamente percibido por el Gobierno, explica la importancia que da al educador, cuya suerte tiene empeño en mejorar, y el patriótico interés con que, entre los demás grados de la enseñanza pública, atiende á la enseñanza normal. De ello son testimonio los aumentos periódicos de sueldo, los ascensos, las pensiones, las cajas de ahorro, los seguros de vida, los honores y las recompensas recientemente acordados por la ley en favor de los maestros; este vasto edificio destinado á un amplio perfeccionamiento y á un gran desarrollo en la enseñanza de los futuros educadores; la fundación, ya prevista, de una escuela normal superior y la de cursos pedagógicos en la Universidad Nacional.

Mucho, y casi inútilmente, se ha repetido que no basta ser sabio para ser maestro. En efecto, el educador necesita conocer, no sólo las materias que profesa, sino también cómo deben ser transmitidas á los alumnos para que, á la vez que de enseñanza, sirvan de cultivo y

desarrollo para el espíritu; debe conocer el complicado mecanismo de la inteligencia y saber cómo se enciende y vivifica en ella la luz de la verdad; debe saber cómo se abre, fragante y bella, en los jardines interiores del alma, la delicada flor del sentimiento; cómo funcionan los maravillosos resortes de la voluntad, se encauzan energías y se modela un carácter; cómo se realiza la suprema armonía del cuerpo y del espíritu, y cómo se forman los vínculos de una colectividad y se enciende en el altar de la Patria el fuego de los heroísmos y la lámpara votiva de los anhelos nacionales.

Sin esto y sin las particulares virtudes que da una sincera vocación, la obra augusta del educador fracasaría. Los progresos todos de la educación popular son obra del educador y, por consiguiente, de la enseñanza normal. Acaso por esto Julio Ferry pretendía que la instrucción pública no existe sin las escuelas normales.

Lo cierto es, sin embargo, que en un sistema general y completo de educación, que suscite todas las vocaciones y abra á la actividad humana todos los caminos, los diversos grados escolares que lo integran, por distintos y alejados que parezcan, se eslabonan entre sí y tienen acciones recíprocas. La educación primaria es el antecedente necesario de todas las otras; sin ella no existirían ni la enseñanza secundaria, ni la normal, ni la técnica, ni la clásica. El humilde maestro primario es el maestro del borlado en la universidad. Pero la escuela primaria peligraría de seguro sin los altos centros de cultura que llevan al hombre á las cumbres intelectuales, al desempeño de las profesiones y las artes y á la actividad de la industria, la agricultura y el comercio, porque son aquellos centros —obra y efecto de los grandes intereses sociales— los que difunden é impulsan la escuela popular.

Por eso la escuela primaria participa del carácter de todas las otras, y si tiene directa necesidad de las escuelas normales de maestros, éstas y las secundarias y técnicas tienen á su vez necesidad de las escuelas normales superiores y, en general, de los institutos en que se forman profesores de alta enseñanza.

El maestro, el verdadero maestro, que es casi una antítesis del funesto instructor y tomador de lecciones, es indispensable y necesario en todos los grados educativos.

La fundación de la escuela normal superior y la de cursos pedagógicos universitarios vendrán, pues, á completar la obra de extraordinario perfeccionamiento que se lleva á cabo en la formación del magisterio.

Entre tanto, y de cualquier modo, esta Escuela seguirá firme y tenaz en su tarea, tanto más firme y tenaz cuanto que sabe que, como alguien ha dicho, es más fácil crear un ejército que un cuerpo de maestros y vencer á los enemigos externos que á la ignorancia, el más temible enemigo interno.

Efectivamente, formar educadores y por medio de ellos, no sólo instruir y dignificar la naturaleza humana, sino modelar el alma nacional en busca de encumbrados ideales colectivos y de la magnificación de la Patria llevada al fastigio de libérrimos destinos; romper el yugo y las cadenas del obscurantismo, más fuertes y tenaces que el yugo y las cadenas políticas, es empresa que no tiene en su ayuda, como la de batir á los externos enemigos de la Patria, ni el temor á la inminencia de un desastre ni la excitación que provocan el estruendo de la guerra, el olor de la pólvora, el flamear de los pendones y la voz de los clarines; es empresa hecha de heroísmos callados, de victorias sin dianas ni trofeos, de sacrificios que no ensalman la epopeya

estridente de los parches ni el himno de colores que canta en la punta de los mástiles el tremolar de las banderas; empresa de emancipación, la más grande de todas, cuyo triunfo no celebra todavía ningún país de la tierra.

Pero no importa. No por incompletas, las victorias del maestro son menos efectivas y bellas. Y esas victorias las tenemos en los triunfos de la escuela por el bien y la verdad; en los aplausos y en las tieras miradas de gratitud y de amor de los chicuelos; en los gritos de entusiasmo con que demuestran su conmovedora fidelidad á la bandera; en las lágrimas purísimas que ruedan de sus ojos al escuchar conmovidos el sacrificio de nuestros héroes, el fracaso de las buenas causas y los triunfos de la libertad; las tenemos en nuestras propias lágrimas, cuando vemos á los niños, vibrantes de emoción, arrodillados ante el altar de la Patria, y creemos haber hecho algo por el porvenir de la República.

Alguna vez, señor Presidente, os oí referir, con el mismo placer con que narráis vuestros gloriosos hechos de soldado, que habíais hecho funciones de maestro. Sois el educador de un pueblo, al que habéis enseñado cómo se es grande en los campos de batalla y cómo se es más grande todavía en las honrosas conquistas del trabajo y de la paz. Hace pocos días, una ceremonia infantil que conmovió el gigante corazón de la República, dió breve indicio, ante los ojos llorosos del pueblo, de lo que los maestros hacen por la grandeza de esta Patria que sacásteis del caos de la guerra. Son ellos, siempre humildes, siempre resignados, sin incontinencias de falsos empresarios de felicidad pública, sin mendacidades de patriotismo industrial, los artífices necesarios en la formación de la Patria futura y los propagandistas de vuestra obra de progreso y de paz y de vuestra gloria como caudillo y como ciudadano. Sed vos, como habéis sido hasta hoy, felizmente secundado por vuestro hábil colaborador en el ramo de la educación pública, un benefactor decidido del abnegado apóstol de la escuela. Sedlo invariablemente, porque el buen maestro importa á la bienandanza y á la prosperidad nacional, ya que la educación es el nexa poderoso con que los pueblos deben asegurar su fuerza, su gloria y su porvenir.

NÚMERO 130.

ELOGIO DEL MAESTRO.

Poesía recitada por el señor don Rafael Heliodoro Valle en el acto de la inauguración del edificio de la Escuela Normal para Maestros, el 12 de septiembre de 1910.

Y bien! Me llevo á la radiosa pira,
ebrio de azul y libre la sandalia
acaso de ilusión ó de mentira.

¡Traigo en las manos trémulas la lira,
Hércules joven á los pies de Onfalía!

Echo la zarza en el brasero exhausto
mientras del horizonte aurora sube,
y del leño triunfal del holocausto,
la llama parabólica, hasta el fausto
empíreo, ascendiendo en forma de una nube!

Vuelca la luz espumas y joyeles
sobre el amanecer —liras y rosas—

con todas sus fragancias y sus mieles,
como una epifanía de claveles
tras una incubación de mariposas...

Blanca de mármol y oro resplandece
la zarca lejanía encristalada:

¡Ilusorio jardín que desvanece
un rosal de fulgor, donde florece
el cándido botón de la alborada!

Pálidos lises de enojado armiño
luce el azul en su crespón celeste...

¡Oh, Juventud, como el poeta ciño
roble á tu sien, y por ungir tu aliño,
beso las blancas fimbrias de tu veste!

¿Y ese de barba nívea y resonante
báculo de ilusión, á quien admiras?

Peregrino de lengua fulgurante
que merece viajar entre vibrante
mágico son de alondras y de lirás!

¡Ese pastor de júbilos que aduna
sacro laurel y diamantina palma,
copia en su frente palidez de luna,
en su conciencia, sol; y tiene una
santa resignación dentro del alma!

¡Oh, fogueado viandante nazareno
que sale del Dolor, como va al limbo
pródigo brote de dulzores lleno!...
¡Lleva el cielo en el alma, porque es bueno
y en la pálida sien le tiembla un nimbo!

Eres tú, oh, Señor! el de tranquila
unción y transparencia de lucero:
¡guardas amanecer en la pupila,
helicones de miel en la mochila
y en tu faz la tristeza del sendero!

Y pues derramas mieses milagrosas
en los ávidos surcos florecidos,
tienes para tus ansias armoniosas,
un temblor matinal, como las rosas,
y un corazón de miel, como los nidos!

Amor! fresco panal, de matutino
y selecto dulzor! ¡La vida es eso!
Todo lo que perfuma y es divino...

¡Se unen los buches y se enoja el trino,
se unen los labios y se enflora el beso!

Alma! Tú eres de amor; tú das la gloria
al que sube al azul ó va al abismo.
Es igual para tí gema ó escoria...

Para el que lucha y sueña en la victoria,
nido y tumba, oh, Amor! todo es lo mismo!

No te canses, Señor, cuando tu mano
riegue mucha semilla melodiosa,
que la gracia del lirio fué gusano.
¡Haz que reviente sobre el surco el grano,
y en el botón de luz rompa la rosa!

Tu mano herida arroje la simiente;
que es más hermosa, al verse mutilada
en su mármol, la Venus transparente,